

examinar antes en lo que consistían las verdaderas necesidades de su tiempo. Á nadie puede causar extrañeza que se apodere del alemán una generosa indignación al traer á la memoria á su Emperador Enrique IV, humillado en Canosa, ni que el francés se indigne al recordar las severas lecciones dadas á su Rey Felipe I. Pero el historiador, que considera los sucesos bajo un aspecto más general, debe extender su vista más allá de los limitados horizontes en que franceses y alemanes la tienen aprisionada; y haciéndolo así, llega á considerar como muy justo cuanto obró el gran Pontífice, aunque los otros le condenen... Los adversarios mismos de Gregorio VII se ven obligados á confesar, *que la idea dominante de este Pontífice, la independencia de la Iglesia, era indispensable para el bien de la Religión y para la reforma de la sociedad*; y que para alcanzar este fin, era necesario romper todas las ligaduras que tenían encadenada la Iglesia al Estado con gran detrimento de la Religión católica... Cosa difícilísima es rayar en la exageración cuando se elogia á Gregorio VII; como quiera que en todas sus acciones supo echar los fundamentos de una gloria sólida, y que todos estamos igualmente interesados en que á cada uno se le dé lo que se le debe de justicia. Absténganse, pues, los malévolos de arrojar la piedra al que está inocente, y reverenciemos y honremos al hombre que puso al servicio de su siglo ideas tan grandes y generales.

¡Cosa singular! La Religión católica está puesta entre dos enemigos implacables, el protestantismo y el judaísmo; y ambos están condenados por un designio providencial á pronunciar eternamente sus eternas alabanzas. El pueblo judío, enemigo personal del Señor, conserva cuidadosamente el depósito de las profecías que le anuncian al género humano. La comunión protestante, enemigo personal de los Pontífices, les teje coronas en los libros de sus historiadores. ¿Queréis saber lo que es la Religión católica? Pues cerrad con siete sellos los libros de los santos Padres, y preguntádselo (que ellos os responderán) al pueblo apóstata y al pueblo deicida.

§ III

OBSTÁCULOS INTERIORES QUE SE OPONEN Á SUS REFORMAS

Al exponer en nuestros anteriores artículos la doctrina del catolicismo acerca de la independencia de la Iglesia y de la libertad del hombre, hemos puesto de bulto la doctrina de Pío IX sobre estas arduas materias; porque yerran grandemente los que creen que este gran Pontífice es un gran innovador en asuntos políticos, como quiera que no cabe espíritu innovador en los depositarios de aquellas verdades eternas, que son como eternas luminarias, puestas en lo alto para alumbrar todos los horizontes del mundo. Pío IX sostiene hoy lo que ha sostenido el Pontificado en toda la prolongación de los tiempos: la libertad y la independencia de la Iglesia. Sostiene lo que sostenía San Anselmo, cuando exclamaba: *Nihil magis diligit Deus in hoc mundo quam libertatem ecclesiae suae*. Sostiene lo que sostuvieron Gregorio VII é Inocencio III en sus gigantescas luchas con Príncipes y Emperadores, despreciadores de las leyes de Dios, concubinarios, simoniacos, adúlteros, tiranos de sus pueblos, y confiscadores de los tesoros espirituales de la Iglesia. Defiende la libertad y la independencia de la Italia, como la defendieron, en las pasadas edades, los gloriosos fundadores de su gloriosa dinastía. Y para que la semejanza sea completa, defiende esa libertad contra los Emperadores de Alemania, que sin los triunfos del Pontificado hubieran hecho retroceder á la Europa á su primitiva barbarie. Los que aplauden y vitorean al Santo Pontífice dentro de los muros de Roma, son aquellos güelfos que hemos conocido en la historia como los defensores de la independencia italiana. Los que conspiran tenebrosamente contra el Padre Santo, son aquellos gibelinos de los pasados tiempos, vendidos ahora, como entonces, á los bárbaros de allende el Rhin, codiciosos de asentarse su yugo efímero en la no domada cerviz de la Ciudad Eter-

na. Nada ha mudado de aspecto en esa ciudad santa, depositaria augusta de las tradiciones católicas; el mismo espíritu de libertad é independencia que hablaba al mundo por boca de los Gregorios y de los Inocencios, habla hoy al mundo por boca de su sucesor en el Pontificado. Los mismos partidos que dividían antes en bandos y en parcialidades la Italia, la conmueven hoy hondamente, la afligen con sus discordias, y la abrasan con sus incendios. La misma cuestión que se planteó por sí misma desde que hubo en Occidente un sacerdocio constituido, y desde que se constituyó un Imperio en Occidente, entre este Imperio y aquel sacerdocio vuelve á plantearse hoy por sí misma otra vez, con el privilegio que siempre tuvo, tanta es su grandeza, de embargar la atención de las naciones. *Nihil sub sole novum.*

Encargado Pío IX de dar una resolución á ese inmenso problema, se encuentra en presencia de obstáculos que, al parecer, son insuperables, y de dificultades que, al parecer, son invencibles. De esos obstáculos, unos son interiores, y otros son exteriores. En este artículo nos proponemos hablar de los primeros, dejando para más adelante hablar de los segundos.

Calificamos de interiores aquellos obstáculos que se levantan contra el Pontífice en el mundo católico, y aquellos otros que oponen al Príncipe temporal los pueblos italianos. Calificamos de exteriores los que nacen de los encontrados intereses de las grandes potencias de la Europa.

Dos grandes sistemas hay en el mundo católico acerca de las relaciones que conviene establecer entre las dos potestades: consiste el primero en fundar entre ellas una estrecha alianza, por medio de mutuas concesiones, reducidas, por parte del sacerdocio, á permitir á la potestad temporal cierta intervención en sus cosas; por parte del imperio, á ofrecer á la Iglesia su protectorado: consiste el segundo en no consentir ninguna especie de intervención de la potestad temporal en lo que concierne á la Iglesia, y en renunciar á toda especie de protectorado y á todo género de alianza. En este último

sistema, las relaciones entre las dos potestades se reducen al mutuo respeto de su libertad y de su independencia respectivas.

Uno y otro sistema tiene su fundamento y su explicación en la historia. Cuando las Monarquías europeas florecientes, católicas y tranquilas, se adelantaban en sus gigantescos crecimientos, sin temor de ser contaminadas por el error, ni de verse derribadas por el suelo al ímpetu de las revoluciones, ninguna cosa había más natural, á un tiempo mismo, y más conveniente que estos tratos de alianza y esas mutuas concesiones entre dos potestades igualmente católicas, igualmente respetables é igualmente respetadas. Aun así y todo, esas alianzas no estuvieron exentas de peligros. La potestad temporal, cediendo muchas veces á aquella inclinación irresistible hacia su engrandecimiento, que Dios ha puesto en todas las potestades de la tierra, aspiró á convertir su pacífico protectorado en dominación y en despojo. Todavía vive en la memoria de los hombres el recuerdo de aquella gran batalla que se trabó entre el sacerdocio y el Imperio por la cuestión de las investiduras, en la cual, de nada menos se trataba, sino de decidir si la Iglesia había de caminar por el mundo desembarazada y libre en pos de sus gloriosos destinos, ó si había de vivir sujeta, como miserable esclava, á miserable servidumbre.

Otra consideración poderosísima abonaba, en aquellos tiempos, esos estrechos vínculos de unión entre ambas potestades. Rayando apenas los pueblos en su infancia, cuando rayaban ya en su lozana virilidad las Monarquías, éstas ejercían una acción tutelar y benéfica sobre todas las sociedades que iban creciendo y floreciendo al amparo de su sombra; de donde resultaba que toda alianza que tuviese por objeto engrandecer las Monarquías á los ojos de los hombres, había de ser por necesidad beneficiosa al género humano, confiado á la sazón á su tutela y á su guarda.

Con el transcurso, empero, de los siglos, varió de todo

punto el semblante de las cosas. Por una parte, en las Monarquías se fué apagando poco á poco aquel fervor religioso de sus primeros años, que neutralizaba, hasta cierto punto, los inconvenientes que naturalmente habían de seguirse de su intervención en las cosas de la Iglesia: por otra parte, mientras que las Monarquías se iban haciendo viejas, los pueblos se iban haciendo viriles, resultando de aquí que á un mismo compás crecían los unos y menguaban las otras, viniéndose á más andar el día que los pupilos habían de dar al traste con la autoridad de sus tutores. Firmar pactos de alianza y de amistad eterna con una potestad que iba á dar consigo en el suelo, y que cumplido su encargo, había dejado ya de ser el agente universal y necesario de la civilización en el mundo, era meter la barca del Pontificado en un mar sembrado de escollos, poniéndola al capricho de los vientos y á la merced de los azares.

No era cosa difícil de presumir, que siguiendo la Europa por estos caminos, iba á salir definitivamente de la edad aristocrática y de la monárquica, para entrar en la democrática, llena de tempestades y tumultos. Véanse venir estos tiempos, no sólo por los rumores sordos, intermitentes, amenazadores, erráticos, que anunciaban á los entendidos las grandes tormentas populares, sino también, y más principalmente, por los signos de perdición que comenzaban á descubrirse en todas las Monarquías europeas, las cuales, habiendo perdido, no sólo los instintos de sus crecimientos, sino hasta los de su conservación, metían ciegamente la nave que llevaba su fortuna por esos mares tumultuosos, vagando entre sus vagíos con la misma estúpida indiferencia que si fueran cortando con naves vestidas de oro y de púrpura los cristales de lagos serenos. Unas, desvanecidas y locas, se proclamaban absolutas y eternas en la víspera del día tremendo en que hasta habían de dejar de ser Monarquías; otras, se metían ridículamente á filosofar, ignorando que detrás de esas filosofías venían las revoluciones, las cuales no perdonan ni á los Reyes metidos á filósofos, en los días de sus venganzas; algunas hubo que, instrumentos pro-

videnciales de su propia perdición, se encararon con la Iglesia para sacudir lo que llamaban su yugo, y lo que hubiera sido en realidad su único apoyo, en los días que habían de ser para ellas de nieve y fortuna. Otras, en fin, á la manera de aquellos hombres degradados ó de aquellas mujeres perdidas, que para no mirar el esqueleto de la muerte que tienen delante del ojo, piden una hora de olvido á los placeres enervantes, y una hora de aturdimiento á los licores corrosivos, armaban zambbras y estruendos báquicos, y locos festines; y se untaban las caras, arrugadas y marchitas, más bien por los excesos que por los años, con unguentos olorosos; hasta que se soltaron todas las cataratas de la democracia; y vino su diluvio, y con su diluvio su inundación, que se llevó á los abismos esas Monarquías corrompidas y decrepitas, y derribó por tierra los alcázares consagrados á sus zambbras y festines, y se llevó sus afeites y sus unguentos. No andan errados los que creen que la revolución fué hechura de los espíritus infernales desencadenados por el mundo; pero tampoco erraron los que creyeron que no salieron de sus prisiones para conturbar la tierra sino con permiso muy alto. La revolución fué una obra del infierno, permitida por Dios; una obra á un mismo tiempo infernal y divina. Infernales fueron los medios y sus agentes; divinos sus resultados y sus fines.

Las revoluciones fueron como los estampidos estruendosos del cañón, que anunciaron á la tierra el advenimiento de la democracia triunfante. La Iglesia, que había firmado pactos de amistad y de alianza con las Monarquías en tiempos para ellas más bonancibles, no las abandonó en el día de sus desventuras, y arrastró lutos en el de sus funerales. De aquí se siguieron para la Iglesia consecuencias gravísimas, que no debe olvidar el mundo católico, y que deben estar presentes siempre en la memoria de sus Pontífices. La democracia victoriosa la acusó de absolutista; á ella, que había lanzado sus anatemas invencibles contra todos los tiranos. La democracia victoriosa la acusó de aristocrática; á ella, que había predi-

cado la igualdad y la fraternidad de los hombres. La democracia victoriosa la acusó de retrógrada; á ella, que había amantado á la libertad con sus fecundísimos pechos. La Iglesia entonces padeció grandes adversidades y gloriosas persecuciones. Sus ministros anduvieron pobres y errantes por el mundo, sus altares fueron derribados en el polvo; sus dogmas fueron el ludibrio de las gentes, y hasta su mismo Dios perdió el derecho de ciudadanía en el Estado, y fué arrojado de sus templos.

Este gran naufragio de todos los principios religiosos y sociales dejó una huella honda é indeleble en la imaginación aterrada de los hombres. Varones eminentísimos comenzaron á sospechar que era una grave falta en la Iglesia apoyarse, siendo eterna, como lo es, en lo que es efímero y deleznable, es decir, en las potestades humanas ¹; como quiera que hasta las más firmes caen, cuando ella está siempre en pie; que las más bien asentadas se desploman, cuando ella conserva siempre su venturoso equilibrio, y que aun aquellas mismas que por su lozanía parecen nacidas para la eternidad en sus primeros años, muestran luego las arrugas, que van publicando á voces que su eternidad era una ilusión y que habían nacido en el tiempo para morir con el tiempo.

Entonces nació y creció ese gran partido que está dispuesto á renunciar en nombre de la Iglesia á todas las alianzas y á todos los protectorados, por reconquistar su libertad primitiva; libertad augusta, libertad santa, que ha de llevar la Iglesia del Señor á todos los confines del mundo; que la ha de entregar libremente rendidos á sus pies á todos los pueblos; que ha de poner la Cruz en las mayores alturas, para que la adoren las gentes. Esa opinión, por no decir ese partido, ha subido al Pontificado con Pío IX, y al encarnarse en su santísima persona, se ha encarnado en el más eminente de todos los Príncipes y en el más augusto de todos los hombres ².

¹ Bien será advertir que la Iglesia se ha apoyado y se apoyará siempre en la palabra de Dios, que jamás pasará, pero nunca en lo que de suyo es efímero y pasajero. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² No: Pío IX no representó ni pudo representar la opinión, por no decir el partido,

No por eso, sin embargo, deja de estar como partido en bandos sobre esta gravísima cuestión el mundo católico, y como quiera que esta falta de unidad, en asunto de tan alta trascendencia, entorpece la acción del gran Pontífice que gobierna hoy la Iglesia de Jesucristo, nos ha parecido notarla aquí, como el primero de los obstáculos interiores con que ha de luchar y que debe vencer para llevar adelante sin tropiezos su generoso propósito.

El segundo de los obstáculos, que hemos llamado interiores, proviene de ciertas amistades sospechosas y de ciertas alianzas llenas de peligros, que se le ofrecen al paso al venerable Pontífice, saliéndole al encuentro de todos los puntos del horizonte italiano. El peligro de estos ofrecimientos no está en que hayan de ser aceptados por el eminentísimo varón que sólo aguarda su triunfo y sólo recibe sus inspiraciones de aquel que no abandona nunca la barca del Pescador á la merced de las irritadas olas: está en que contribuyen á producir una confusión peligrosísima entre dos especies de libertades tan opuestas entre sí como la verdadera libertad y la verdadera servidumbre; confusión que es fuerza desvanecer, y que no desvanecida prontamente, dañaría de una manera grave al éxito de la santa empresa acometida por el Pontífice santo. Ya se alcanzará á nuestros lectores que aludimos aquí á la libertad, que hizo su entrada en Italia con la propaganda francesa, libertad que vino al mundo en un día nefasto, que nació de la conjunción punible y del dañado ayuntamiento del filosofismo y la revolución; que no recibió su nombre en las fuentes bautismales de la Iglesia, cuyo día natalicio fué celebrado con lúgubres y sangrientas hecatombes. Aludimos, en una palabra, y para decirlo todo de una vez, á la libertad revolucionaria, con la cual ni puede entrar en tratos ni ajustar paces la libertad católica.

Y no se entienda que el que estos artículos escribe, cree

que Donoso dice que subió con él al Pontificado; partido que se mecía en vanas ilusiones, y que tocaba, ó se acercaba al menos, al vicioso extremo, reprobado por el mismo Pío IX en el *Syllabus*, de la separación entre la Iglesia y el Estado. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

que aquella libertad tiene en la península ardientes y numerosos partidarios: cree, al revés, que hoy día la libertad católica alcanza allí crecimientos que nunca pudo alcanzar la revolución; esto no obstante, las conflagraciones de Luca, de Toscana, de Milán y de las Dos Sicilias han venido á contristar hasta cierto punto al mundo católico, no acostumbrado á reconocer la libertad en las facciones descompuestas por el terror ó por la ira, que suelen mostrar las insurrecciones vencidas y las insurrecciones triunfantes. Que una gran parte de la responsabilidad de aquellos acontecimientos debe pesar sobre los gobernadores de los pueblos italianos, menos presurosos de lo que debieran en seguir las pisadas del Santo Pontífice, es para nosotros una cosa puesta fuera de toda duda; que aquellos movimientos insurreccionales deben atribuirse más bien á los nobles instintos de independencia que á las bastardas pasiones que las ideas revolucionarias suelen remover en las muchedumbres, es para nosotros una cosa evidente. Y, sin embargo, nuestros ojos se apartan con amargura de esos espectáculos turbulentos, que al fin y al cabo van á parar siempre á una revolución de mala ley y á una libertad, que de seguro no es la libertad católica.

La libertad católica es el resultado de la santa confianza que pone el pueblo en su Príncipe, y del santo amor que pone el Príncipe en su pueblo. La libertad católica es la que hoy resplandece en la primera capital del mundo con suaves y benignos resplandores. La libertad católica y la Religión católica son hermanas: ambas han nacido en el cielo, y ambas han bajado de las alturas para consuelo de los Príncipes amorosos y de los pueblos mansos.

Por lo que hace á la libertad revolucionaria, los que la proclaman, no quieren la libertad como fin, sino como medio de remontarse á la región altísima donde está la potestad suprema, *instrumentum regni*. Así como la católica procede del amor, la revolucionaria tiene su fundamento y su origen en inextinguibles rencores: la primera va seguida de la paz; la

segunda de las discordias; la una triunfa por medio de la confianza que inspira; la otra se impone á las gentes en nombre de la fuerza. La católica hace un llamamiento general á todos los hombres; y bajo su imperio, todos los llamados son libres: la revolucionaria llama á todos, pueblos, Reyes y tribunos; pero con diferentes llamamientos: llama á los tribunos para darles la potestad, á los Reyes para quitarles el cetro, á los pueblos para sujetarlos con dura servidumbre. La católica da lo que la revolucionaria ofrece.

La libertad revolucionaria es esencialmente anticatólica, porque es esencialmente pagana. Esto sirve para explicar, por qué la revolución de Francia fué una especie de resurrección del paganismo, muerto siglos atrás á manos de la Iglesia. Entonces sucedió que el Estado recobró aquella omnipotencia terrible que tuvo en las sociedades antiguas; que la Francia se partió en castas dominadas y castas dominadoras; que *extranjero* significó lo propio que *enemigo*; que un dios *nacional* llamado la *razón* quitó el cetro y el Trono al Dios de todas las naciones, al Dios del género humano. Entonces volvió á aparecer la antigua distinción entre los hombres, en libres y esclavos. Hecha esta clasificación ominosa, dijeron los franceses para sí: "Los libres han nacido para mandar; los esclavos para obedecer: mandemos á los demás hombres, porque todos los hombres son esclavos, y nosotros somos libres: si nosotros somos libres, y esclavos los demás, sólo la Francia es libre, todas las naciones son esclavas; llevemos el hierro y el fuego á todas las naciones;" y para dar paso á todos sus ejércitos, se abrieron por todas partes todas sus fronteras. La Francia paseó entonces por la Europa su bárbara libertad, que no era otra cosa si no un tremendo y aterrador egoísmo. Los pueblos católicos pusieron cerco á la nación pagana, hasta que se fueron apagando uno por uno sus encendidos volcanes. Si la Francia hubiera salido victoriosa de aquel inmenso cataclismo, las tinieblas de la barbarie hubieran vuelto á tenderse por la Europa, y el sol de la civilización hubiera desaparecido del mundo.

Para nosotros es una cosa puesta fuera de toda duda, que todo movimiento político y social que sale de las vías católicas, conduce á las naciones fuera de las vías de la civilización, hasta volver á dar con ellas en las Edades bárbaras. Esto mismo, que nos enseña la razón, nos lo atestigua la historia. Los Reyes se salieron de las vías católicas, cuando ensanchando su potestad desmesuradamente, olvidaron que la libertad humana es de derecho divino. Los pueblos á su vez se salieron fuera de las vías católicas cuando olvidaron que Dios ha puesto bajo su santa protección á las potestades legítimas, y que las ha encomendado el cuidado de la tierra. ¿Y qué fué lo que sucedió á los Reyes? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á la omnipotencia, por allí fueron á parar á la guillotina. ¿Y qué fué lo que sucedió á los pueblos? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á una emancipación completa, por allí fueron á parar á una servidumbre absoluta. ¿Y qué otra cosa es, sino una edad bárbara, aquella tristísima edad en que las naciones son siervas, y en que los Reyes son guillotinado? Tan cierto es, que donde no está el catolicismo, allí está la barbarie.

Antes de poner término á este artículo, nos ha parecido oportuno declarar aquí solemnemente que, en nuestro sentir, de los grandes obstáculos interiores que se oponen á las santas reformas de Pío IX, el que acabamos de exponer, es sin ningún género de duda el más grave, y también el más peligroso. Nuestra convicción íntima y profunda es que la libertad revolucionaria no ha llegado aún al período de su declinación; y que la libertad católica habrá de venir con ella al campo muchas veces, antes de asentar su pacífico imperio en las naciones. Entretanto, cumple á los hombres de buena voluntad, derramados por la tierra, agruparse alrededor del varón fuerte y santo que ha recibido del cielo el encargo providencial de mostrar las maravillas de la libertad católica á las gentes, y el de anunciar al mundo su venturoso reinado.

§ IV

DE LOS OBSTÁCULOS EXTERIORES QUE SE OPONEN Á SUS REFORMAS

Roma es hoy día como la casa puesta en la cima más alta de los montes, que todos los vientos la sacuden, todos los ojos la miran, todas las lenguas la saludan y todos los hombres la señalan. Allí es donde se tratan y resuelven, no sólo los grandes problemas que interesan en general al mundo católico, sino también aquellos otros menos generales, cuya solución interesa más grandemente á las potencias de la Europa. La rápida exposición de los intereses europeos, que en aquella península se están hoy ventilando, y de los obstáculos que ponen á nuestro gran Pontífice esas graves complicaciones, formará el asunto de este artículo, con el cual daremos fin por ahora á nuestros estudios sobre los sucesos en que es actor Pío IX, y de que es teatro la Italia.

Tres son las grandes potencias de Europa que tienen un interés directo en el desenlace de las gravísimas complicaciones de la península. El Austria, representante de las pretensiones tradicionales del Imperio; la Francia, representante de las tradiciones de la revolución y de la antigua Monarquía, y la Inglaterra, que no viene á representar tradiciones, sino á romper con ellas y á inaugurar una nueva política en los negocios peninsulares. Cada una de estas grandes potencias va á defender en el suelo italiano un interés egoísta. Sus tres egoísmos combinados constituyen el obstáculo más grande, entre cuantos se oponen á la solución de los problemas que allí se ventilan, en un sentido favorable á la civilización y á las conveniencias de la Europa; como quiera que sólo la política de Pío IX es conforme, á un mismo tiempo, á todos los intereses legítimos; es decir, á todos los intereses religiosos, á todos los intereses morales, á todos los intereses materiales del género humano.